

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Intervención

VISITA PASTORAL A LA ARCHIDIÓCESIS DE MILÁN CON OCASIÓN DEL VII ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS 2012 - MILÁN (ITALIA)

Fiesta de los testimonios

2 de junio de 2012

1. Cat Tien (niña de Vietnam): *Hola, Papa. Soy Cat Tien, vengo de Vietnam. Tengo siete años y te quiero presentar a mi familia. Él es mi papá, Dan, y mi mamá se llama Tao, y este es mi hermanito Binh. Me gustaría mucho saber algo de tu familia y de cuando eras pequeño como yo...*

Santo Padre: Gracias a ti, querida, y a tus padres: gracias de corazón. Así que has preguntado cómo son los recuerdos de mi familia: ¡serían tantos! Quisiera decir solo alguna cosa. Para nosotros, el punto esencial para la familia era siempre el domingo, pero el domingo comenzaba ya el sábado por la tarde. Mi padre nos contaba las lecturas, las lecturas del domingo, tomadas de un libro muy difundido en aquel tiempo en Alemania, en el que también se explicaban los textos. Así comenzaba el domingo; entrábamos ya en la liturgia en una atmósfera de alegría. Al día siguiente íbamos a misa. Mi casa está cerca de Salzburgo y, por tanto, teníamos mucha música —Mozart, Schubert, Haydn—, y cuando empezaba el *Kyrie*, era como si se abriera el cielo. Y, naturalmente, luego, en casa, era muy importante una buena comida todos juntos. Además, cantábamos mucho: mi hermano es un gran músico; ya de chico hacía composiciones para todos nosotros y, así, toda la familia cantaba. Mi papá tocaba la guitarra y cantaba; son momentos inolvidables. Naturalmente, luego hemos hecho viajes juntos, paseos; estábamos cerca de un bosque, así que caminar por los bosques era algo muy bonito: aventuras, juegos, etc. En pocas palabras,

s. XIX, como ahora: a menudo, el matrimonio era en realidad un contrato entre clanes, con el cual se trataba de conservar el clan, de abrir el futuro, de defender las propiedades, etc. La pareja era escogida por el clan con la esperanza de que fueran idóneos el uno para el otro. Así sucedía en parte también en nuestros países. Yo me acuerdo de que, en un pequeño pueblo en el que iba al colegio, en buena parte se hacía todavía así. Pero luego, desde el s. XIX, viene la emancipación del individuo, de la persona, y el matrimonio no se basa en la voluntad de otros, sino en la elección propia; comienza con el enamoramiento, se convierte luego en noviazgo y finalmente en matrimonio. En aquel tiempo, todos estábamos convencidos de que ese era el único modelo justo y de que el amor garantizaba de por sí el "siempre", puesto que el amor es absoluto y lo quiere todo, también la totalidad del tiempo: es "para siempre". Desafortunadamente, la realidad no es así: se ve que el enamoramiento es bello, pero quizás no siempre perpetuo, como sucede también con el sentimiento: no permanece por siempre. Por tanto, se ve que el paso del enamoramiento al noviazgo y luego al matrimonio exige diferentes decisiones y experiencias interiores. Como he dicho, es bello este sentimiento de amor, pero debe ser purificado, ha de seguir un camino de discernimiento, es decir, tienen que entrar también la razón y la voluntad; han de unirse razón, sentimiento y voluntad. En el rito del matrimonio, la Iglesia no dice: "¿Estás enamorado?", sino "¿quieres?", "¿estás decidido?". Es decir, el enamoramiento debe hacerse verdadero amor, implicando la voluntad y la razón en un camino de purificación, de mayor hondura, que es el noviazgo; de modo que todo el hombre, con todas sus capacidades, con el discernimiento de la razón y la fuerza de voluntad, dice realmente: "Sí, esta es mi vida". Yo pienso con frecuencia en la boda de Caná. El primer vino es muy bueno: es el enamoramiento. Pero no dura hasta el final; debe venir un segundo vino, es decir, tiene que fermentar y crecer, madurar. Un amor definitivo que llega a ser realmente "segundo vino" es más fuerte, mejor que el primero. Y esto es lo que hemos de buscar. Y aquí es importante también que el "yo" no esté aislado, el "yo" y el "tú", sino que se vea implicada también la comunidad de la parroquia, la Iglesia, los amigos. Todo esto, el grado justo de madurez personal, la comunión de vida con otros, con familias que se apoyan mutuamente, es muy importante; y solo así, en esta implicación de la comunidad, de los amigos, de la Iglesia, de la fe, de Dios mismo, crece un vino que vale para siempre. ¡Os felicito!

3. Familia Paleologos (familia griega):

ciertamente muy buenos y útiles, pero quizá se requieran hermanamientos en otro sentido: que realmente una familia de Occidente, de Italia, Alemania, Francia... tome la responsabilidad de ayudar a otra familia. Y también así las parroquias y las ciudades: que asuman verdaderamente una responsabilidad, que ayuden de forma concreta. Y estad seguros: yo y tantos otros rogamos por vosotros, y esa plegaria no es solo pronunciar palabras, sino que abre el corazón a Dios, y así suscita también creatividad para encontrar soluciones. Esperamos que el Señor nos ayude, que el Señor os ayude siempre. Gracias.

4. Familia Rerrie (familia estadounidense):

Jay: *Vivimos cerca de Nueva York. Me llamo Jay, soy de origen jamaicano y trabajo de contable. Ella es mi mujer, Anna, y es maestra de apoyo. Y estos son nuestros seis hijos, que tienen de 2 a 12 años. Así que se puede imaginar, Santidad, que nuestra vida está hecha de continuas carreras contra el tiempo, de afanes, de ajustes muy complicados... También para nosotros, en los Estados Unidos, una de las prioridades absolutas es conservar el puesto de trabajo y, para ello, no hay que atenerse a los horarios y, con frecuencia, lo que se resiente son precisamente las relaciones familiares.*

Anna: *En verdad no siempre es fácil... La impresión, Santidad, es que las instituciones y las empresas no facilitan compaginar el tiempo del trabajo con el tiempo para la familia. Santidad, imaginamos que para usted tampoco es fácil conciliar sus infinitos compromisos con el descanso. ¿Tiene algún consejo para ayudarnos a reencontrar esta necesaria armonía? En el torbellino de tantos estímulos impuestos por la sociedad contemporánea, ¿cómo ayudar a la familia a vivir la fiesta según el corazón de Dios?*

Santo Padre: Es una gran cuestión, y creo entender este dilema entre las dos prioridades: la prioridad del puesto de trabajo es fundamental, como lo es la prioridad de la familia. ¿Cómo armonizar las dos prioridades? Puedo tratar únicamente de dar algún consejo. El primer punto: Hay empresas que permiten un cierto "extra" para las familias —el día del cumpleaños, etc.— y comprueban que conceder un poco de libertad, al final, beneficia también a la empresa, porque refuerza el amor por el trabajo, por el puesto de trabajo. Por tanto, quisiera invitar aquí a quienes dan trabajo a pensar en la familia, a pensar también en hacer su aportación para que las dos prioridades puedan conciliarse. Segundo punto: Me parece que, naturalmente, se debe buscar una cierta creatividad, y esto no siempre es fácil. Pero

blema de los divorciados y vueltos a casar es una de las grandes penas de la Iglesia de hoy. Y no tenemos recetas sencillas. El sufrimiento es grande y solo podemos animar a las parroquias, a cada uno individualmente, a que ayuden a estas personas a soportar el dolor de ese divorcio. Diría que, naturalmente, sería muy importante la prevención, es decir, que se profundizara desde el inicio del enamoramiento hasta llegar a una decisión profunda y madura; y también el acompañamiento durante el matrimonio, para que las familias nunca estén solas, sino que estén realmente acompañadas en su camino. Y luego, por lo que se refiere a estas personas, debemos decir —como usted ha hecho notar— que la Iglesia les ama, y ellos deben ver y sentir este amor. Me parece una gran tarea de una parroquia, de una comunidad católica, el hacer realmente lo posible para que sientan que son amados, aceptados, que no están “fuera”, aunque no puedan recibir la absolución ni la Eucaristía: deben ver que aun así viven plenamente en la Iglesia. Y, si no es posible la absolución en la Confesión, es muy importante sin embargo un contacto permanente con un sacerdote, con un director espiritual, para que puedan ver que son acompañados, guiados. Además, es muy valioso que sientan que la Eucaristía es verdadera y participada si realmente entran en comunión con el Cuerpo de Cristo. Aun sin la recepción “corporal” del sacramento, podemos estar espiritualmente unidos a Cristo en su Cuerpo. Y hay que hacer entender que esto es importante; que encuentren realmente la posibilidad de vivir una vida de fe, con la Palabra de Dios, con la comunión de la Iglesia, y puedan ver que su sufrimiento es un don para la Iglesia, porque sirve así a todos para defender también la estabilidad del amor, del matrimonio; y que este sufrimiento no es solo un tormento físico y psicológico, sino que también es un sufrir en la comunidad de la Iglesia por los grandes valores de nuestra fe. Pienso que su sufrimiento, si de verdad se acepta interiormente, es un don para la Iglesia. Deben saber que precisamente de esa manera sirven a la Iglesia, están en el corazón de la Iglesia. Gracias por vuestro compromiso.

Saludo a los afectados por el terremoto: Queridos amigos, sabéis que sentimos profundamente vuestro dolor, vuestro sufrimiento, y sobre todo, ruego cada día para que termine por fin esta situación. Todos queremos colaborar para ayudaros: estad seguros de que no os olvidamos, que todos hacemos lo posible para ayudaros —Caritas, todas las organizaciones de la Iglesia, el Estado, las diversas comunidades—; cada uno de nosotros quiere ayudaros, sea espiritualmente con nuestra plegaria o con la cercanía